

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Francisco

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

«De nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos»

24 de abril de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el *Credo* profesamos que Jesús «*de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos*». La historia humana comienza con la creación del hombre y de la mujer a imagen y semejanza de Dios, y concluye con el juicio final de Cristo. A menudo se olvidan estos dos polos de la historia, y sobre todo la fe en el retorno de Cristo y en el juicio final a veces no está tan clara ni firme en el corazón de los cristianos. Durante su vida pública, Jesús se detuvo frecuentemente en la realidad de su última venida. Hoy desearía reflexionar sobre tres textos evangélicos que nos pueden ayudar a entrar en este misterio: el de las diez vírgenes, el de los talentos y el del juicio final. Los tres forman parte del discurso de Jesús sobre el final de los tiempos, en el Evangelio de san Mateo.

Ante todo, recordemos que, con la ascensión, el Hijo de Dios llevó junto al Padre nuestra humanidad, que Él asumió, y quiere atraer a todos hacia sí, llamarnos a todos para que seamos acogidos entre los brazos abiertos de Dios; para que, al final de la historia, toda la realidad sea entregada al Padre. Pero existe este "tiempo inmediato" entre la primera venida de Cristo y la última, que es precisamente el tiempo que estamos viviendo.

En este contexto del "tiempo inmediato" se sitúa la parábola de las diez vírgenes (cf. Mt 25,1-13). Se trata de diez jóvenes que esperan la llegada del esposo, pero él tarda y ellas se duermen. Ante el anuncio repentino de que el esposo está llegando, todas se preparan a recibirle, pero mientras cinco de ellas, prudentes, tienen aceite para alimentar sus lámparas, las otras, necias, se quedan con las lámparas apagadas porque no tienen aceite. Mientras lo buscan, llega el esposo, y las vírgenes necias encuentran cerrada la puerta que introduce en la fiesta nupcial; llaman con insistencia, pero ya es demasiado tarde: el esposo responde "no os conozco". El esposo es el Señor, y el tiempo de espera de su llegada es el tiempo que Él nos da a todos nosotros, con misericordia y paciencia, antes de su venida final. Es un tiempo de vigilancia; tiempo en el que debemos tener encendidas las lámparas de la fe, de la esperanza y de la caridad; tiempo de tener abierto el corazón al bien, a la belleza y a la verdad; tiempo para vivir según Dios, pues no sabemos ni el día ni la hora del retorno de Cristo. Lo que se nos pide es que estemos preparados para el encuentro —un encuentro bello, el encuentro con Jesús—, lo que significa saber ver los signos de su presencia, tener viva nuestra fe con la oración y con los sacramentos, y estar vigilantes para no adormecernos, para no olvidarnos de Dios. La vida de los cristianos dormidos es una vida triste, no es una vida feliz. El cristiano debe ser feliz, la alegría de Jesús. ¡No nos durmamos!

La segunda parábola, la de los talentos, nos hace reflexionar sobre la relación entre cómo empleamos los dones recibidos de Dios y su retorno, cuando nos preguntará cómo los hemos utilizado (cf. Mt 25,14-30). Conocemos bien la parábola: antes de su partida, el señor entrega a cada uno de sus siervos algunos talentos para que se empleen bien durante su ausencia. Al primero le da cinco, al segundo dos y al tercero uno. En el período de ausencia, los primeros dos siervos multiplican sus talentos —son monedas antiguas—, mientras que el tercero prefiere enterrar el suyo y devolverlo intacto al señor. A su regreso, el señor juzga su obra: alaba a los dos primeros, y el tercero es expulsado a las tinieblas, porque escondió por temor el talento, encerrándose en sí mismo. Un cristiano que se cierra en sí mismo, que oculta todo lo que el Señor le ha dado, no es un buen cristiano. Es un cristiano que no agradece a Dios todo lo que le ha dado.

Esto nos dice que la espera del retorno del Señor es el tiempo de la acción —en el que estamos nosotros—; el tiempo de hacer rendir los dones de Dios, no para nosotros mismos, sino para Él, para la Iglesia, para los demás; el tiempo en el cual trabajar siempre para que crezca el bien en el mundo. Y en particular hoy, en este período de crisis, es importante no cerrarse en uno mismo, enterrando el talento propio, las riquezas espirituales, intelectuales y materiales propias, todo lo que el Señor nos ha dado, sino abrirse, ser solidarios, estar atentos al otro. En la plaza he visto que hay muchos jóvenes... ¿Es verdad...? ¿Hay muchos jóvenes...? ¿Dónde están...? Pues a vosotros, que estáis en el comienzo del camino de la vida, os pregunto: ¿habéis pensado en los talentos que Dios os ha dado? ¿Habéis pensado en cómo podéis ponerlos al servicio de los demás? ¡No enterréis los talentos! Apostad por ideales grandes, esos ideales que ensanchan el corazón, los ideales de servicio que harán fecundos vuestros talentos. La vida no se nos da para que la conservemos celosamente para nosotros mismos, sino para que la entreguemos. Queridos jóvenes, ¡tened un ánimo grande! ¡No tengáis miedo de soñar cosas grandes!

Finalmente, unas palabras sobre el pasaje del juicio final, en el que se describe la segunda venida del Señor, cuando Él juzgará a todos los seres humanos, vivos y muertos (cf. Mt 25,31-46). La imagen utilizada por el evangelista es la del pastor que separa a las ovejas de las cabras. A la derecha se coloca a quienes actuaron según la voluntad de Dios, socorriendo al prójimo hambriento, sediento, extranjero, desnudo, enfermo, encarcelado —he dicho "extranjero": pienso en muchos extranjeros que están aquí, en la Diócesis de Roma: ¿qué hacemos por ellos?—; mientras que a la izquierda van los que no ayudaron al prójimo. Esto nos dice que seremos juzgados por Dios según la caridad, según cómo lo hayamos amado en nuestros hermanos, especialmente los más débiles y necesitados. Ciertamente: debemos tener siempre muy presente que nosotros estamos justificados, estamos salvados por la gracia, por un acto de amor gratuito de Dios, que siempre nos precede; solos no podemos hacer nada. La fe es ante todo un don que hemos recibido, pero para dar fruto, la gracia de Dios nos pide siempre nuestra apertura a Él, nuestra respuesta libre y concreta. Cristo viene a traernos la misericordia de Dios, que salva; a nosotros se nos pide que nos confiemos a Él, que correspondamos al don de su amor con una vida buena, hecha de acciones animadas por la fe y por el amor.

Queridos hermanos y hermanas, que contemplar el juicio final jamás nos dé temor, sino que más bien nos impulse a vivir mejor el presente. Dios, con misericordia y paciencia, nos ofrece este tiempo para que aprendamos cada día a reconocerle en los pobres y en los pequeños, para que nos empleemos en el bien y para que estemos vigilantes en la oración y en el amor. Que el Señor, al final de nuestra existencia y de la historia, nos reconozca como siervos buenos y fieles. Gracias.

(Saludo a los peregrinos de lengua española, y llamamiento ante el secuestro de los metropolitanos grecoortodoxo y siroortodoxo de Alepo en la trágica situación de Siria)